

LUCIANA PEKER

LA REV LUCIÓN DE LAS HIJAS



PAIDÓS

La revolución de las hijas

LUCIANA PEKER

Lenguaje libertario

Este libro intenta contener un lenguaje inclusivo y no sexista. La pretensión es no caer en estereotipos discriminatorios ni en manuales fríos o letras correctas y de laboratorio. La búsqueda es de una libertad que transpire cambios y pueda ser cambiada. Por eso se intercalan femeninos, masculinos, x, todas, todos, todes o barras de ellos/ellas, el uso de la e, invenciones como tuttis, palabras batalladas como femicidios y clasisismos resignificados o juegos de palabras en la corazonada de letras que convoquen a ser leídas y a abrir fronteras sin corsets ni reglas fijas. El lenguaje es una forma de batalla. La palabra es transformadora y dinámica. Y nuestra pelea también busca la acción, el goce y la poesía.

Introducción

No voy a parar hasta que mi hija tenga los mismos derechos que mi hijo

El punto G: género, generación y goce

“Esta es la revolución de las hijas. Y a ellas les tienen que dar el derecho a disfrutar sin morirse, sin tener miedo, sin menos derechos que sus novios, amigos y hermanos”, les pedí a los diputados/as que asistieron al debate, abierto a la sociedad civil, en el que fui invitada como periodista, el 24 de abril del 2018, después de escribir cientos de artículos, durante más de veinte años, sobre el impacto del aborto clandestino en Argentina y en Latinoamérica.

Más allá de las respuestas institucionales –la Cámara de Diputados aprobó el aborto legal, seguro y gratuito y la de Senadores lo rechazó en un proyecto que vuelve a presentarse y que sigue en la agenda política y legislativa– la interpelación a la revolución de las hijas se asentó como un dardo en un cambio de 180 grados en la vida familiar, educativa, periodística, política, amorosa, cultural y social de la Argentina y, a distintos niveles, pero con una alta incidencia, en Latinoamérica: México, Colombia, República Dominicana, Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Bolivia, Cuba, El Salvador y tantas regiones de tierra fértil y machismos en resistencia.

Las adolescentes hablaron en el Congreso. Tomaron la palabra. Pero no solo entre los pupitres que los cuadros del Salón de

los Pasos Perdidos muestran sin una sola mujer, entre sus habitantes ilustres de una historia perdida en las reivindicaciones de las identidades feminizadas. Si el pueblo quería saber de qué se trataba en la historia de la Revolución de Mayo, ahora las chicas sí saben y no lo dejan de hacer saber. Si los paraguas marcaron la escenografía de la independencia como Virreinato de España, es el brillo violeta y los pañuelos verdes los que construyen los signos de una autonomía corporal e intelectual que no hay tormenta que frene.

La pelea por el aborto no fue porque solo las jóvenes abortan y, mucho menos, solo por el aborto. La pelea fue en los colegios para poder ir solas a la escuela, para patear las pelotas en los recreos, para comer las mismas milanesas que los hermanos en las mesas, para darse besos con otras chicas en los bailes donde los padres venden rifas para los buzos de egresados que se bordan con e, para tomarse el colectivo sin tener ojos en el culo (con cuerpos avergonzados de cada pliegue de su carnadura) porque cada una nace y vive con las manos apoyadas sin poder evitar la posesión sobre su piel con el asco como ráfaga, por poder viajar con sus mochilas sin que estar juntas sea visto como estar solas, por poder disfrutar del sexo sin dejar de ser consultadas si quieren y hasta dónde las manos que las bajan, porque no quieren que su palabra valga menos cuando se postulan a delegadas en sus divisiones o que les expliquen lo que ya saben o las callen cuando sus argumentos encuadran. La pelea es infinita y es múltiple porque así es el deseo. Y la mirada abierta a discernir las diferencias y hacer de la diversidad una apuesta y no la trastienda de ser discriminadas.

Las chicas ya no aceptan en las mesas los chistes machistas. Vuelan los manteles y los platos de las convenciones en las que la risa parecía tapar la subestimación a las nenas, tratadas como serviciales, tontas y santas y los cuidados a los nenes tratados como oradores privilegiados, playboys y agasajados permanentes y en potencia. Los padres discuten, se ofenden y bullan, pero traban su lengua antes de hablar, escuchan a las chicas que criaron interpelarlos más que a ninguna otra personalidad social y –no sin tensiones, ninguna revolución es sin tensiones– desen-

cuentros, distancias o rispideces, se transforman en otros padres de los que fueron con ellos y de los que ellos eran con sus hijas. Algunos de esos padres son diputados, senadores, políticos, presidentes, periodistas, economistas, ilustradores, heladeros, escritores, ferroviarios, administrativos o kiosqueros. No es nepotismo (el privilegio de las herederas como forma de reinado antidemocrático), sino una revolución generacional en la que las que vienen transforman las formas de criar y gobernar: desde la manera de poner o sacar la mesa en Navidad hasta las normas que rigen los protocolos secundarios, universitarios y los juegos en las clases abiertas de natación o la legislación nacional.

Las madres también cambiaron la historia y la historia de sus hijas las cambiaron a ellas. Se tiraron los manuales que las mostraban como enemigas y competencia y empezaron a forjar alianzas, más allá del cuidado, de disfrute, complicidad y defensa. Las que enseñaron a ser libres tuvieron que aguantar el cachetazo de la libertad en una interpelación sin tregua. Las que no se animaban a despuntar la liberación se vieron corridas a liberarse y empezar a hacerse mutua compañía o a ver cómo la revolución defendía que ellas también llegaban cansadas de trabajar y no tenían que ser las únicas con la función de cocinar. Las que nunca habían sido escuchadas se vieron repentinamente comprendidas. Y las que hablaban para dar cátedra tuvieron que escuchar. Otras, aún nombradas como feministas, empezaron a aprender o a comprometerse junto con sus hijas. No se puede estar atrás de quienes se quiere poner por delante en la vida.

Y si el feminismo defiende el derecho a decidir y a ser madre o a no serlo, a tener hijos/as y a no tenerlos/as, la revolución de las hijas no es un nuevo mandato de maternidad política, sino una forma irreverente –pero real– de entender que las generaciones protegen y potencian, no solo desde el cuerpo, la biología o la crianza personal y privada, sino desde los discursos, el humor, la música, la literatura, las marchas, la militancia, la docencia y el trabajo que siembra y energiza. No es una revolución puertas para adentro, sino una revolución callejera y plural, que cambia el paradigma de la maternidad y la obligatoriedad de la feminidad cuidadora, que libera y que recibe, que aprende y

deconstruye, que abriga y no pregunta si llevan el saquito puesto, sino que grita en una marea que salta las olas y se moja más allá de los roles fijos, las edades y los mandatos sociales. Y en la que todxs surfean más allá del horizonte que tenían impuesto.

Si en la historia la infancia como sujeto/a de derecho tiene pantalones cortos (como los que mi abuelo Benito contaba que se ponía, a principios del siglo XX, mientras trabajaba desde los 13, se enfrentaba a sus patrones, sufría el frío en sus pantorrillas por no llegar a la talla social y métrica de un adulto) y la juventud fue exacerbada como referente de la revolución sexual, el rock y la psicodelia en los sesenta o la más aguerrida apuesta a la revolución política y las guerrillas en toda Latinoamérica (con las desapariciones, secuestros, violaciones y torturas como respuesta de las dictaduras latinoamericanas coordinadas por el Plan Cóndor en Sudamérica o justificadas en la falsa lucha contra el narcotráfico, las maras o las pandillas en Centroamérica); si la historia tiene a los adolescentes también como víctimas (La Noche de los Lápices como caso testigo de la crueldad contra las chicas y chicos que querían cambiar la realidad y viajar con boleto estudiantil hacia una sociedad más justa), la revolución de las hijas marca un cambio de época y a una actora política central: las pibas.

Nunca me latió tanto el corazón

El tuit fijado es lo más parecido a un amor para toda la vida que conocí hasta ahora, que sé más de causas indelebles que de amores para toda la vida (con todo lo que eso me hace doler el corazón). El tuit fijado es una elección de quién sos y qué querés decir en tiempos en los que la bio es una forma de lápida de pie y el tuit que fijás, un legado sin velorio. El discurso que di en el Congreso de la Nación para pedir la aprobación del aborto legal es mucho más que un texto preparado mientras peinaba a mi hija Uma en la intimidad política de la maternidad, que hilvana ideas en los diez minutos en los que las hijas se detienen mientras el pelo deja pasar el peine; es mucho más que decidir escribir algo para decirlo sin leer y mirar de frente; es mucho más que la taquicar-

La revolución de las hijas es nuestro momento

“El feminismo es el movimiento que me salvó de un océano en el que me ahogaba, que nosotræs no somos las culpables, que no somos exagerades, que mi cuerpa no tiene que ser como la de la que aparece en la propagandas, que no está mal si me atrae otra mujer. Es tanta la fuerza que me genera esta ola verde que cada vez arrasa con más energía, que mis ganas de salir a las calles a luchar son cada vez más enormes. La revolución de las hijas es nuestro momento. Somos læs de esta generación, læs que después de tanta lucha y tantas marchas, tantos llantos, tantos abrazos sororos somos quienes vamos a vivir en un futuro donde todo eso haya valido la pena. Que toda la energía que utilizamos no fue en vano. Somos el ahora. Somos læs que batallamos en nuestras casas. Salimos a las calles con nuestros pañuelos verdes que ya forman parte de nuestra vestimenta. Salimos a las calles enojadas y empoderadas. Salimos a las calles porque ya no nos vamos a quedar con los brazos cruzados mirando cómo nos van matando. Estamos más fuertes que nunca, y nada ni nadie nos va a poder callar jamás.”

Julietta Galeano, 17 años, estudiante secundaria, Caballito,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

dia que llevó a un cardiólogo radial a preocuparse por mi salud, a mi sobrina Huayra a ensayar preguntas en el patio del domingo y a mi hermana Daniela a intercambiar consultas como ritual de martes y complicidad verde vida. Es también mucho más que cada nota hecha durante años todos los miércoles de cierre de *Las 12*, pedida y pensada junto a mi editora Marta Dillon y a mis compañeras de equipo y es más que crecer leyendo a Mariana Carbajal abrir camino; es más que las mil veces que pasé info y que averigüé datos y es más que lo que nunca conté:

Hasta 1926 las mujeres solteras, viudas o divorciadas no fueron consideradas legalmente iguales a los varones. Recién hace más de

noventa años las mujeres dejaron de ser consideradas incapaces. En 2018, casi un siglo después, el Congreso de la Nación tuvo que aprobar la capacidad de disfrutar sin la guillotina de la clandestinidad como precio al goce. La capacidad civil y la igualdad no van a ser reales hasta que el derecho a gozar no esté garantizado en plenitud, igual que para los varones. No les vengo a pedir que legalicen el aborto porque el aborto ya es legal. Es legal por causales. Les vengo a pedir que terminen con las inequidades de clase, de regiones y de falta de acceso a la información.

En Formosa la mortalidad materna es de 12,3 muertes cada diez mil nacimientos. En la ciudad de Buenos Aires, en cambio, es de 1,5 cada diez mil nacimientos. Una mujer formoseña tiene ocho veces más riesgo de morir por su embarazo que una porteña.

El aborto es legal sotto voce. Y venimos a levantar la voz para romper el silencio. Las periodistas con perspectiva de género escribimos la información con dificultades, pocos espacios y precarización. Y necesitamos que esa información llegue a todas las mujeres y personas gestantes. Las que no se enteran que tienen el derecho no lo pueden ejercer y eso es una vulneración de derechos.

Les vengo a pedir que asuman la responsabilidad del cupo femenino. La política tiene que estar al servicio de las mujeres.

Hay una revolución de las mujeres. Hay una revolución normativa. Tiene que saldarse la gran deuda de la democracia con el aborto legal, seguro y gratuito. El aborto ya es legal por el fallo F.A.L. y por el Protocolo de Interrupción Legal del Embarazo del [ex] Ministerio de Salud. Les vengo a hablar de su responsabilidad en que ese derecho sea para todas las mujeres y para que corran los obstáculos y saquen los clavos en el camino a los derechos.

Este debate enaltece a la democracia, la transversalidad enaltece al movimiento de mujeres. Les toca a ustedes la responsabilidad de ampliar derechos. Si solo se aprueba la rubricación de los derechos ya establecidos este debate no habrá servido de nada. Hay que legalizar el aborto sin obstáculos, sin restricciones, sin frenos, sin excusas, sin atajos a más sufrimientos, dilataciones y evasivas. Esta es la revolución de las hijas. Y a ellas les tienen que dar el derecho a disfrutar sin morir, sin tener miedo, sin tener menos derechos que sus novios, amigos y hermanos. Yo no voy a parar hasta que mi hija mujer tenga los mismos derechos que mi hijo varón.

Les vengo a pedir que cumplan con su responsabilidad. La Corte Suprema de Justicia de la Nación ya honró el ingreso de la primera formación con mujeres. Les vengo a pedir que cumplan con el mandato de Carmen Argibay que resolvió fallar en el caso F.A.L. cuando el aborto en el que se basa la sentencia ya estaba resuelto. Fue una decisión jurídica y política. Fue un mandato para las mujeres: no se ingresa al poder para retroceder derechos, se ingresa para ampliarlos. Si la ley que salga de esta cámara pone más piedras en el camino que el fallo F.A.L. y el Protocolo del [ex] Ministerio de Salud, este debate será inocuo. No se puede retroceder, se tiene que avanzar.

La discusión sobre si legalizar lo que ya es legal es ciencia ficción. Lo importante es discutir si un derecho ya existente va a ser para todas o van a meterle piedras en el camino con el formato engañoso de la letra chica legislativa.

Les vengo a pedir que se hagan cargo de su responsabilidad. El Programa de Salud Sexual y Procreación Responsable ya lo hace. Los abortos legales se cumplen en la Argentina. Hubo cuatrocientos en 2015 y quinientos en 2016. Nos faltan cifras oficiales, pero sabemos que el 76,7 por ciento de las muertas por la clandestinidad del aborto pierde la vida en hospitales públicos; el 13,95 por ciento en establecimientos privados; el 7 por ciento en el domicilio particular y el 2,33 por ciento en otros lugares. Por lo que treinta y tres de las víctimas de los femicidios por la clandestinidad del aborto son desclasadas de la medicina privada y apenas seis accedieron a sanatorios privados.

No se necesita innovar, se necesita garantizar, informar, sacar el aborto del silencio y quitar los obstáculos del camino.

Les vengo a pedir que cumplan con el mandato de un país pionero en Latinoamérica en derechos de género. El primer país en aprobar el matrimonio igualitario y la identidad de género. El aborto legal es un reclamo de las mujeres afro, originarias, jóvenes y pobres de toda Latinoamérica. El aborto es una pelea por la vida.

Les vengo a pedir por su responsabilidad con Naciones Unidas. La Argentina se comprometió, en 1990, a bajar en 2015 la tasa de la mortalidad materna a 1,3 y actualmente es de 3,4 muertes cada diez mil nacimientos. La principal causa es la clandestinidad del aborto. La Argentina está en falta. Ahora es su responsabilidad modificarlo. Les vengo a pedir por su responsabilidad por las cuarenta y seis muertas por los femicidios de la clandestinidad del aborto. Eran

muertes evitables como se evitan y son cero en Uruguay y son cero en Rosario donde el aborto legal no tiene obstáculos. Estas cuarenta y seis mujeres deberían presenciar el debate y no estar bajo tierra. Sus muertes evitables y el Estado tiene la responsabilidad de no haberlas evitado.

Ahora ustedes tienen la suya. Es su responsabilidad que el acceso al aborto legal no tenga más obstáculos.

No somos huérfanas emocionales, ni queremos serlo

Ese día, 24 de abril de 2018, empezó a nacer este libro, que intenta aprender de las hijas, su potencia, su glitter y ganas, pero también vincularlas con las mujeres que las precedieron y que llenan de contenido su lucha, nuestra lucha, las de todas, todos, todes. Este libro busca también ser una foto del momento de potencia feminista que vivimos en la Argentina.

En marzo de 2019 la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), luego de casi cien años de fútbol femenino durmiendo en colectivos durante los viajes (sin hoteles, ni viáticos), en horarios extra nocturnos y sin darles lugar en los clubes, finalmente, mandó su profesionalización. Lo lograron las jugadoras, con Maca Sánchez a la cabeza y la pionera del fútbol feminista en la Villa 31 Mónica Santino, entre otrxs, que no bajaron los brazos ni se conformaron con lo que el establishment tenía para ofrecerles. Antes echaban a las mujeres a piedrazos para que no ocuparan los arcos y ahora tienen que reconocerlas oficialmente. Las nenas pedían en los recreos poder jugar y no quedarse sentadas mirando la pelota pasar. La revolución de las hijas entró a la cancha y no hay contragolpe que las pueda sacar.

Este libro es también la necesidad de poner en circulación lo escuchado, escrito, marchado y abrazado a lo largo de más de dos décadas de periodismo, maternidad y feminismo. Entrevistar, contar, escribir y escuchar implica poner el cuerpo, ponerlo más de lo que se puede, que duela, ponerlo y exponerse (más de lo que da el cuero) en un país sin respuestas oficiales y sin instituciones suficientes. Hacer periodismo feminista es sentir la

impotencia de no poder ayudar y que se pida ayuda a periodistas y no a los entes gubernamentales, es no dormir pensando en las nenas que pueden ser arrancadas de sus casas para ser revinculadas con sus abusadores, es brindar con sus madres cuando no las pueden criminalizar, es avisar que se está cenando o buscando de la escuela a los hijos porque también se materna, es escuchar en cada Feria del Libro (en cada provincia del Norte al Sur) historias de cómo son discriminadas las docentes por enseñar educación sexual, festejar con risas en los barrios de tierra los chistes de las que cuentan que un marido compra un limón pero pregunta si hay limón para no levantarse a buscarlo, es conocer en cada Encuentro de Mujeres otras geografías y otras miradas, es aprender en cada entrevista la historia de Guatemala o de Esteban Echeverría, es hilar en cada viaje por Perú, Colombia, México o República Dominicana que la historia tiene que ser latinoamericana y no eurocentrista (tener perspectiva de clase y no ser racista) que las venas abiertas nos recorren a todas. Es la chica a la que miraban por la cámara web en el baño de Lima (en una nueva forma de acoso sexual laboral) y te lo cuenta en un viaje mientras los anti derechos piden hacer retroceder la educación sexual y la piba a la que acosaban en su oficina de La Plata (que te escribe por Instagram) la persigue el machismo, y es la torta maltratada por su jefe por lesbiana (que toma un café en donde pide no ser más abusada) y es la que llora sin decirte nada y le reconocés los golpes en las lágrimas. Nos abraza el dolor y nos empuja el deseo de libertad y goce.

El periodismo feminista no derrama, igual que el liberalismo, sino que llama, lee, construye, viaja, hace kilómetros, recorre territorios, provincias, países, unifica y diferencia, comparte con las otras y traza un mapa. Se queda discutiendo, pelea, llora y putea. Trasnocha y golpea. Teme y timonea. Tipea y topa. Tiene miedo y avanza. Porque no somos coherentes sino contradictorias y capaces de pelear aun cuando las piernas jadeen la respiración de las hambrunas heredadas.

Ser periodista feminista es, aunque duela, joda y sea la injusticia que clava la espina en la que la sed se queda en el desierto que frena los latidos, pagar precios siempre: la subes-

timación profesional (no sos, no valés, no te creas, no podés, quién te creés, no pidas, no reclames, no te animes, sos suerte de época) y la clavada cuerpo a cuerpo, con vistos o a la vista para que la mirada no olvide que se es desclasada de las caricias que cruzan las piernas desparramadas de camas alquiladas como augurio de alegría, convertidas en tiniebla de despido o del baile que aprende a moverse suave aunque invite a ver peces de colores donde el océano no mostraba nada a primera vista entre la marea calma. Es, también, que te manden a escribir cuando te dejan como una vendetta explícita por no ser mudas de letras. Es quedarse sin amor o sin abrazos como venganza en la puerta (a veces en una cofradía que disfruta de la humillación como si ser feminista fuera sinónimo de ser blindada y quedar arrodillada o en los temblores del desprecio por no a callar las ideas), es que la exhibición de la perversión se burle de los corazones frágiles. Sin corazón y fragilidad no les daríamos la mano a tantas. No intentaríamos salvar y salvarnos. No pondríamos el cuerpo para detener la violencia. No nos volveríamos hermanas sin sangre cuando la estafa del (dolor) cercano nos desfalta. No cuidaríamos antes que gatillar el odio o el olvido y, mucho menos sufriríamos, la ingratitud por las manos tendidas. Pero por el corazón frágil las flechas se tiran a los ojos y con los poros sangrantes. Escribir con perspectiva de género

Nuestra revolución es elegir una pelota

“Nuestra revolución es elegir una pelota por sobre una muñeca. Es elegir pelear y luchar todos los días contra la opresión y la discriminación. Nuestra revolución es resistir. Es patear los estereotipos socioculturales que nos quieren imponer. Nuestro sueño es la profesionalización del fútbol femenino y nuestra revolución es haberlo logrado. Pero nuestra batalla seguirá siendo la búsqueda de un fútbol feminista y disidente.”

Maca Sánchez Jeanney, 27 años, futbolista, Santa Fe

es ser cuestionada siempre, por el enemigo que amenaza, el que gana pero subestima, el que cree tener más talento y tilda de moda, suerte o de literatura frívola la palabra acompañada por un movimiento que lee y escribe como forma colectiva de calle y de pancarta. Duele cada costo en el ninguneo del trabajo y duele –más– que te manden a escribir cuando te quitan del cuerpo de mujer por escribir sin cuarto y sin cuerpo hegemónico ni armónico, sin sumisión y sin chaleco antibalas.

Y que siempre, a todo, a subir la voz, a temblar, a llorar, a correrse, a no aguantar o a ser buena, a remar sola, a buscar el tacto o a decir basta, la respuesta sea igual, y no por igual menos dolorosa: “Es una loca”. Así las cuentas sacan de la racionalidad la posibilidad de jugarse para que la vida no sea una tierra arrasada sino una danza en la que los pies del otro y de la otra sí importan. Es una posibilidad en la que pisarse sea un accidente y no una forma de crueldad contemporánea que quita el cuerpo y hace del giro una fragilidad en la que la espalda se vuelve un disparo en el centro de sicarios sin fracaso en lastimar como estrategia de un poder rancio.

Se sufre pero no se arruga. Porque la fragilidad no es orgullo, pero el orgullo es que la fragilidad no amedrente. Y el futuro es un fruto que no se deja de buscar cuando las chicas te piden en Barranquilla, Colombia, con el carnaval en puerta, no ir a la universidad en pollera para que la libertad sea de ellas y no de los que en nombre de la libertad explotan el dolor de no dejar caminar y de atragantar el desprecio como forma de opresión.

Se pelea con padres que piden que las notas las escriban varones para que la palabra esté legitimada, con gremialistas que no entienden que el abuso no puede estar protegido por inmunidad sindical, se reciben amenazas que nos nombran como conchudas, cáncer o potrancas, feminazis e insultos que intentamos dar vuelta como las cabecitas negras de todo lo nombrado como innombrable, incomible o incogible.

Hacemos del amor la palabra y de la palabra un amor desafiante que buscamos aunque se escabulla entre los cuerpos que se escapan del sacrilegio de la amenaza y la humillación para levantar la pollera y que las caderas ardan. Escribimos un perio-

dismo sensible y lloramos en los baños de las redacciones, escribimos al lado de la cama y hacemos de la cama un altar que arde de desamparos en los que anudamos la esperanza roja para que la lucha por la pasión no nos cobre –para siempre– el punzón de ser vengadas.

Miramos a la chica alta de Mendoza decir que también es clavada y le decimos que no puede ser y le proponemos orgullo en cada abrazo, corremos a la que tiene las piernas tan anchas como nuestros viajes para que la selfie sea para todas y no para las que entran en las poses livianas, reconocemos las caras de quienes nos preguntan y esquivamos las esquivas de quienes piensan que la diferencia es enemiga. Tampoco creemos que el trabajo es sacerdocio porque defendemos el trabajo y no el feminismo como forma moderna de religión beata. El feminismo carnívoro no entiende que el enemigo está enfrente y no al lado. Y la demanda insaciable supone que escribir es tirarse a la lava de dejar de ser para entregarse a un sacrificio de monja o madre con la vida confiscada contra el que luchamos como mandatos de maternidad obligatoria y clásica.

Cortamos una entrevista en Perú y nos paramos para anunciar que es un engaño cuando nos dicen que somos foráneas que venimos a imponer la educación sexual y que ya está comprobado lo mal que hace que las madres trabajen y que ese mal gusto debería dejarse hasta que por lo menos los niños cumplan 10 años porque, está comprobadísimo, por culpa de las mujeres independientes se están criando huérfanos emocionales. Decimos que es una trampa porque conocemos que al enemigo a veces no le basta con la paciencia o la pedagogía, sino que busca la Inquisición moderna. Y hacemos también la pregunta obvia: “¿Quién podría creer que la maternidad sería más fácil (y apta para salir de casa) a partir de los 10 años?”. Solo quien no conoce la revolución de lxs hijxs puede creer que tener hijxs de 11 o de 15 es más fácil que de 5 o de 8. Y lxs hijxs que saben que sus madres trabajan, desean y luchan no son huérfanos emocionales. Son los hijos, hijas e hijes de madres laburantas, solas, lesbianas, diversas, acompañadas, luchadoras, aguerridas, sensibles, lloronas, de las que paran la olla y el postre y van a buscar a las fiestas y charlan

en la merienda o viajan como plan de una maternidad que es también trabajo y es también goce. Porque una revolución que se gesta con amor y goce no nace sola. Nace de una generación de historias que se cuentan, se luchan, se comparten y se miran a los ojos, abrazadas como una receta que se lega y se recrea. Cada vez mejor, cada vez más sabrosa. Como agua para un chocolate picante –en nombre de la maestra mexicana Laura Esquivel– y pujante: las hijas de la golosidad de la palabra escrita y el sabor intangible de los orgasmos en cada sonrisa.

Escribimos para no esperar. Escribimos para cambiar la historia. Escribimos porque la felicidad no puede dormirse hasta que la escriban quienes nos borraron. Escribimos porque el futuro todavía no está escrito. Y estamos para tomar la palabra. Y hacerla tan nuestra como multiplicada.

Lo personal es político, lo político es más allá de lo personal

El embarazo que perdí, la angustia de dejar de ver latir en el espejo tecnológico de un amor detenido, el legrado cruento en el quirófano de un sanatorio en donde la anestesia nunca logró llevarse el dolor y el destrato al que fui y somos sometidas todas las mujeres –en un aborto espontáneo o uno buscado– nos aúnan en la pérdida, la sangre y la sospecha. Escribí, como siempre, con la pluma hincada en el dolor que nadie nombraba y ese hospital cambió su protocolo pidiendo que nombren nuestra sangre, que no duerman nuestro duelo, que no criminalicen nuestras decisiones o nuestras pérdidas.

Ser mujer es poner el cuerpo y, a veces, no ponerlo. No todas somos iguales. Una y mil veces conté abortos y nunca conté que no aborté, no queriendo. No se necesita vivir el deseo o el dolor para contarlo y, mucho menos, para lucharlo. El aborto legal es un derecho. Es un mandato para la libertad y para que el goce no tenga la sombra del miedo acechando entre la vitalidad más despierta de los cuerpos. Nunca necesité abortar y, de todos modos, sufrí un aborto. Lo llaman espontáneo. Así como nos llaman es

como nos desangran. La discriminación no es espontánea sino histórica. Y no es selecta sino siniestra. Se da siempre. Por quererlo o por no quererlos, por santas o por putas, por madres o por aborteras. Por ser mujeres, travas, lesbianas o binaries. Por lo que queremos ser y no solo por lo que se condena. Porque no alcanza con ser mujer y tampoco se necesita ser mujer para luchar por derechos para todas. No hace falta decidirlo o necesitarlo, sino desear con un pulso incorrompible que el derecho a decidir sea una forma de volver a parir a nuestras hijas. Libres. Iguales. Gozosas.

Las princesas sí reman (en dulce de leche repostero también)

Mi hija pregunta “¿Ya está?” cada vez que el pelo se vuelve excusa para retenerla un poquito más antes de que se vaya a ese lugar que se llama adolescencia y que cambia el cordón umbilical por Instagram y genera una separación que el cepillo esquiva hasta el final de los días en donde se desliza el amor que comparte palabras.

“¿A ver qué te parece?”, le pregunté cuando terminé de escribir el texto para defender el aborto legal en el Congreso.

Porque fue ella quien cambió mi historia, a quien parí sin dar la mano ni tener manos de las que agarrarme, con la leche que bajaba entre lastimaduras y soledades y un apego que no cambio por ningún amor; ella, con sus rulos que se volvieron flequillo y su cuerpo compartiendo reposeras con el mío durante veranos sin colonias y piletas en donde el hacer upa también se extiende hasta después de la primera infancia. A ella, a quien le digo que combato el machismo, aunque aún no le gané y a la que cuido de la voracidad de la desigualdad en la calle, le dedico este libro y esta lucha. Para que sea igual pero, sobre todo, para que sea libre y para que esa no sea una libertad robada al riesgo, sino ganada al miedo. Porque su sonrisa es la batalla subida a los hombros de la maternidad caminada.

Una vez, en Chascomús, alquilamos un bote y le dieron los remos a su hermano y a su primo. “La princesa no va a remar”,

dijo, el que se quedó con mi dinero a cambio de la locación de prejuicios. Yo callé en un intento de bajar del ring como forma vital de nadar a contracorriente. Y ella no perdonó mi silencio. “El príncipe” le dijo al que no le dio los remos. Y arremangó sus brazos y pidió que la pelea no cese ni en una tregua de verano. El machismo es una forma constante de Maquiavelos modernos. Y ella, Uma, es la que impulsa que la lengua no duerma hasta que el río la vea nadar sin frenarla. Su nombre proviene del aymara que homenajea el agua. Y ella la defiende como un derecho a brazo extendido.

La revolución de las hijas es mi hija.

La revolución fue tenerla, quedarme con ella cuando Uma –diosa, agua, deseada– y yo éramos una y rodamos solas por las

Las hijas no tienen por qué cargar con nuestras mochilas

“En esta revolución me parece importante transmitirles a las hijas, sobrinas, hijas de amigas, que ya no tienen por qué cargar con nuestras mochilas ni las mochilas de sus abuelas o de las generaciones anteriores. El movimiento de mujeres tan fuerte que se está dando en este momento nos otorgó a las de 35 para arriba la posibilidad de dar esa batalla en presente. El ‘ya no nos llamamos más’, el ‘basta de violencia’, el ‘yo te creo, hermana’, hablar de aborto, el valor del deseo, todo eso lo estamos pudiendo decir por la fuerza que nos da el movimiento de mujeres y el feminismo que está alumbrando un mundo nuevo. Y los varones con los que se relacionen, no son los que hicieron daño –en caso de que haya pasado– a sus madres, sus tías y sus abuelos. Son otros, nacieron en otra época, están creciendo en la marea verde y violeta. Para las hijas, sobrinas y las pibas más jóvenes queda el dar esa pelea pero sin la carga que tenemos nosotros. No más mochilas para ustedes ni mochilas para los pibes. Ellos pueden ser grandes aliados, a los más grandes les cuesta un poco más.”

Ana Correa, comunicadora, 50 años, mamá de Felipe (14) y Malena (11), Palermo, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

escaleras y salimos adelante juntas, en mis hombros, dejadas en la calle una noche de cumple, vueltas a amar, a armar, a jugar, compartiendo rompecabezas y juegos de mesa, pegadas hasta que la adolescencia cortó todo lo que merece su independencia, caminando senderos de flores amarillas que se convirtieron en señal y marchas agitadas, en saltos y egresos con pañuelos que no son solo por el aborto legal, sino por su derecho a quedarse en la plaza o a vestirse cómoda o a chapar sin géneros y ponerse chombas que no tengan talle ni sexo, a darnos la mano cada vez que duele lo que duela juntas y a reírnos en viajes donde carga como mochilera porque los caminos ya son tan suyos como la libertad.

Y en ella a todas, a todes, a muchas, las chicas, les chiques, los que se renombran y se rebesan sin pedir permiso.

Las que veo amando sin reglas, sin soltar los brazos, sin vueltas en los cumpleaños de donde me expulsan y en los que sin vergüenza también se besan. Y van entre ellas y entre ellos, y el debate sobre el lenguaje inclusivo desaparece como las golosinas del mismo trencito de la infancia en donde los caramelos pueblan el patio de gritos y papeles en pijamadas que no se acaban en el balcón o la noche y los colchones apilan las risas que no encuentran grietas ni abismos. Patinan en un agua en la que no necesitan nada para sentirse empapadas. Los abrazos se abrazan. Y el día del final de séptimo grado los pañuelos verdes aparecen como vinchas, como lazo, como muñequera, como tobillera, como título de egreso de la infancia. Porque no dice solo derecho al aborto. Dice todo eso que las adolescentes no quieren decirles a sus madres pero que se nombra en verde, en beso, en chat, en caras más serias de las que mi apego soporta (nadie dice que la revolución de las hijas sea idílica, esta es una pero no la única advertencia). Cuesta, interpela, duele, hiere, desaira y desobedece. Es caótica, es hermosa. Hace crecer y hace rejuvenecer. Sufre derrotas. Y se despierta como una fiesta en la que el alma se renueva.

No voy a parar hasta que mi hija tenga los mismos derechos que su hermano Benito, sus amigos, sus compañeros, sus novios. Pero, por sobre todo, la que no va a parar es ella. Son ellas. Y por ellas, todo.

Sí, hay futuro

El futuro es feminista. No hay futuro posible sin mayor igualdad. Las desigualdades son tantas que comienzan en el parto y generan tantas diferencias que hasta se mide la brecha de sueños. A los diez años las niñas dejan de pensar que pueden ser científicas o presidentas, según el *Global Early Adolescent Study* de la Organización Mundial de la Salud (OMS). La marca Mattel, de Barbie (que fue la que generó más estereotipos con la idea de una belleza tan delgada e irreal como dañina), lanzó una campaña que dice: “La brecha de sueños es la que existe entre las niñas y su potencial. Desde la primera década, las niñas dejan de creer que puedan ser astronautas, grandes pensadoras, ingenieras, directoras...”. Barbie es una arrepentida que en vez de declarar en su contra hace el juego que mejor le sale al capitalismo: reinventarse para revenderse. Por eso, ahora van a lanzar muñecas de mujeres en oficios poco tradicionales para estimular a las niñas a ejercer roles fuera de los estereotipos de género.

La brecha de sueños es tan clara que es obvio que no puede seguir en las góndolas de las posibilidades. No hay nada más imponente que soñar y nada más opresivo que no poder hacerlo. También está claro que, en tanto no derribemos el capitalismo (es la idea), hay guiños que solo podemos acompañar como una muñeca astronauta, una zapatilla que calza para correr aunque nos llamen locas, un cosmético que le dice a los varones que no es de macho acosar en la calle o una remera que propone luchar contra el sistema en vez de contra el cuerpo propio.

El feminismo de la resistencia en la Argentina (que tiene como consigna de ni una menos libres, vivas y desendeudadas nos queremos y se denomina anticapitalista, antirracista, plurinacional, no biologicista y antirracista), no es un sticker para que el capitalismo derrame un poco al costado de las mujeres y ya.

Pese al laberinto de las diferencias, internas, obstáculos y resistencias la potencia de los feminismos asamblearios y callejeros no piden más concentración de la riqueza para pocas pero con A, sino mejor distribución de la riqueza; no exigen más tarjeta de crédito para quedar atrapadas en el sistema financiero, sino des-

endeudarnos para ser autónomas de patrones, maridos, padres y FMI (sí, aunque lo gestione una mujer como Christine Lagarde que reta a un Ministro de Economía por contar con pocas mujeres en su gabinete) y no solo acceder a mejores puestos y sueldos más altos sino una sociedad con justicia social.

El reto de ser no solo una agenda de género, sino además un movimiento que demanda más política de mayor igualdad redobla todas las apuestas. Y una de ellas es que si el feminismo no se limita a pedir a otros sectores sociales (gobiernos, partidos u organizaciones) que incluyan sus demandas, sino que las encabeza, no puede dejar afuera a todos los sectores (aunque, por supuesto, sí puede –y debe– dejar afuera a los violentos y ser totalmente tajante en el límite respecto de los abusos, machismos y discriminaciones). Además, debe contar con una mirada latinoamericana (no ombliguista) y no sucumbir a nuevos eurocentrismos. Pero también debe ser global. La tierra es redonda. Los feminismos también.

El escrache es una herramienta

“El escrache es una de las herramientas con la que contamos las mujeres y disidencias para exteriorizar nuestras vivencias, así como también para alertar a otras y para poder exponer a los machos violentos. No es la única manera, aunque es –hasta ahora– la única que consigue una fuerte condena social, que en estos días es lo más parecido a la justicia. Dada la fuerza que implica escrachar (ya que una se expone a sí misma también) se debe ser respetuosa y no caer en banalizaciones que rebajen la importancia de este acto.”

Delfina Buffil Celis, 18 años, estudiante del Normal 6, Almagro,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
